

Para ingresar al jardín de las delicias Indicaciones sobre capitalismo y pornografía*

**To enter the garden of delights
Indications on capitalism and pornography**

Por: Andrés Eduardo Saldarriaga Madrigal
Instituto de Filosofía
Universidad de Antioquia
eduardo.saldarriaga@udea.edu.co
Recepción: 24.09.2017
Aprobación: 07.02.2018

*Cada cual estaba encerrado en su cuerpo, plenamente
entregado a sus sensaciones de ser único.*

Michel Houellebecq, *Plataforma*

Si dormir es morir ¿qué es lo que sueña un muerto?

Eskorbuto, *Busco en la basura*

Instrucciones de uso

Bajo el término “pornografía” se entiende aquí el cine, la imagen fotográfica y el video en tanto hacen de la desnudez y de los actos sexuales un medio para la consecución de beneficios económicos. La pornografía es un ramo de la industria cultural. Las ganancias de esta industria compiten a nivel mundial sólo con otros dos mercados: las armas y las drogas. La existencia de páginas de internet donde se ofrece material pornográfico de manera gratuita no invalida la tesis del carácter económico de la pornografía, antes bien lo presupone: los videos gratuitos son extraídos de la circulación mercantil y son puestos en

* Para este número los editores de la revista solicitaron textos de homenaje a Marx o sobre Marx. Este es un texto con Marx. No estoy haciendo un juego con las preposiciones. Se trata de que mientras llega el verdadero homenaje debemos seguir pensando con Marx. La construcción del comunismo libertario a través de la destrucción del capitalismo: ése sería el verdadero, único homenaje que aceptaría el viejo zorro —pero ya no entonces por él y para él, sino por y para todos.

libre circulación con el objetivo de llamar la atención sobre las diversas esferas y posibilidades del mercado pornográfico (mercado que se supone entonces mucho más rico e intenso que la muestra gratuita). En tanto industria, la pornografía se basa en la acción de trabajadores, en la producción de mercancías y en la existencia de un mercado constituido por la masa (anónima) de consumidores. El consumidor de pornografía se denominará “pornógrafo”, por el simple hecho de que si bien no produce la pornografía es en el consumo en donde ésta alcanza su sentido. Se denomina “actriz” o “actor” a quien ofrece visualmente la actividad sexual de su cuerpo a cambio de dinero, sin importar si lo hace en un film profesional o si se trata de una filmación de aficionado, o de fotografías que recreen mercantilmente cuerpos y actividades erotizados. A la pornografía se han integrado, mediante la estética y las formas de mercadeo, la prostitución y el striptease. Al mismo tiempo, la pornografía reproduce la estructura básica de la prostitución: dinero a cambio de un cuerpo. La diferencia radica en que la pornografía lleva un paso más allá la abstracción que tiene lugar en la prostitución: si en esta última la relación entre los cuerpos está mediada por el dinero, en la pornografía ya no tiene lugar la relación física pero se conserva la mediación dineraria entre los cuerpos, entre el cuerpo-imagen y el cuerpo-consumidor-de-imágenes. Es así como en la pornografía se encuentran todas las categorías de la economía política: valor, trabajo, salario, mercancía, precio, competencia, ganancia, capital. Como actividad lucrativa que es, la pornografía puede entonces ser declinada al hilo de las viejas (mas no envejecidas) categorías de la crítica del capital de Marx. En las siguientes notas sueltas se quiere realizar ese ejercicio.

1

En la industria pornográfica se repite la contradicción que en el modo de producción capitalista hace las veces de fundamento: el antagonismo entre trabajo y capital. Es así como quien actúa entrega su fuerza de trabajo y recibe a cambio un salario; la ganancia fluye, siguiendo la dirección de la riqueza en este antagonismo, a los bolsillos del empresario. Que la actriz o el actor se enriquezcan es un hecho que no desmiente el antagonismo.

2

La fuerza de trabajo es el cuerpo en cuanto cuerpo, no en tanto fuerza de trabajo abstracta generada por el desgaste de tendones y músculos. Pero no por ello la abstracción desaparece. Por más concreta que sea la actividad que se lleva a cabo en la actuación, su finalidad (un deseo ajeno, incluso cuando se actúa con y por placer) le es ajena y en ese sentido *abstracta*.

3

En el porno el trabajo abstracto se cumple bajo la forma de la representación falsamente concreta de movimientos generalizables. El taylorismo del sistema de producción fabril se reproduce en el porno, bajo la forma del principio de racionalización de la producción — seguido tanto por profesionales como por aficionados— que consiste en la eliminación de movimientos superfluos. El problema que quiere resolver el taylorismo es el del número mínimo de movimientos requeridos para la producción de una mercancía. Con otras palabras: despejar las condiciones para que el flujo de las fuerzas corporales cristalice velozmente y sin obstáculos en ganancia monetaria¹. La disminución del tiempo mediante la reducción del conjunto de movimientos a un esquema básico tiene como finalidad el aumento de la producción. Esta afirmación vale tanto para la fábrica como para el estudio de grabación, y hoy en día para la habitación del aficionado que se filma y se mercadea a sí mismo. En la industria pornográfica, la concentración de cuerpos y de movimientos en espacios y tiempos reducidos y controlados tiene como único objetivo el aumento de la producción de imágenes. Se trata de una estrategia para la gestión y aprovechamiento de los cuerpos que producen imágenes. La actuación no es entonces la vida erótica de los singulares, sino más bien la *representación* de movimientos generalizables; y en cuanto actividad desligada de circunstancias y finalidad concretas, representación abstracta. Y es precisamente en tanto representación abstracta que puede ser consumida (actualizada y

¹ Me permito una nota al pie para citar una definición clásica (y cuasi pornográfica) del taylorismo, formulada por el economista Michel Aglietta, figura central de la llamada escuela de la regulación: “Puede definirse el taylorismo como el conjunto de relaciones de producción internas en el proceso de trabajo que tienden a acelerar la cadencia de los ciclos de movimientos en los puestos de trabajo, y a disminuir el tiempo muerto de la jornada de trabajo. Esas relaciones se manifiestan mediante principios generales de organización del trabajo que reducen el grado de autonomía de los trabajadores y los someten a una vigilancia y a un control permanentes de ejecución de la norma de rendimiento” (Aglietta, 1979, p. 91).

apropiada masturbatoriamente) por *cualquiera*. La abstracción (o falsa concreción) se esconde en (y finalmente se manifiesta a través de) el carácter mecánico de la producción de imágenes y en el carácter de mercancía de la imagen misma.

4

En el porno una de las funciones humanas es convertida en *mercancía*. La fuerza de trabajo, empleada aquí como esfuerzo corporal, es inmediatamente mercancía visual. Como si del hábito de comer se hiciera un espectáculo. La pornografía se define por la fusión del acto con su representación: el acto está construido como representación, siempre para otro. El otro, sin embargo, y en la medida en que la pornografía es un negocio, en tanto la imagen es la mercancía, el otro no es más que un medio para la acumulación de capital. La actividad está, pues, en última instancia, no al servicio del deseo erótico, sino de la producción de capital.

5

La transición del fordismo al posfordismo se actualiza en el porno como transición del porno de estudio al porno de webcam: la misma falsa liberación se cree encontrar en el tránsito de la disciplina de los estudios a la flexibilidad y autonomía de las webcams. La “liberación” de los actores y la “democratización” de la actuación esconden la permanencia de la explotación del cuerpo y la mercantilización del placer. En este proceso se consume el refuerzo de la disciplina laboral en tanto ésta se convierte en auto-disciplinamiento (así se puede leer la necesidad de pasar por la cirugía estética como condición para aumentar la propia *vendibilidad*). El flujo de la ganancia se mantiene igual, sólo que ahora los receptores de la riqueza son los administradores de los sitios virtuales. La estructura básica del trabajo enajenado (y con ésta la del consumo enajenado) permanece intocada y resulta incluso fortalecida. La mercancía (actriz o actor, cuerpo en todo caso) *encarna* literalmente el deseo del capital: la pornografía es el proceso de producción de la mercancía sexy.

6

La colonización de nuevos mercados mediante la creación de nuevas necesidades y nuevos deseos alcanza en el porno su expresión más directa y brutal. No otra cosa es la

multiplicación constante de categorías que designan géneros y subgéneros siempre en expansión. Marx: “El productor se aviene a los más abyectos caprichos del hombre, hace de celestina entre él y su necesidad, le despierta apetitos morbosos y acecha toda debilidad para exigirle después la propina por estos buenos oficios”. (Marx, 2010, p. 154). De manera más precisa: “sus productos son justamente abyectos cumplidos a los apetitos del derrochador” (Marx, 2010, p. 164).

7

En la pornografía la actividad (enajenada, puesto que aunque ella misma no lo crea está al servicio de otro y dominada por ese otro) es ya la mercancía: la actividad no produce algo distinto a ella misma sino que su realización la constituye en mercancía. La actividad productiva no se distingue aquí del producto, la actividad *es* el producto².

8

Las cifras astronómicas que algunas/os trabajadoras de la pornografía pueden alcanzar no significa que por fin la humanidad haya encontrado una actividad dignamente remunerada. Al contrario, la alta cifra del salario es en realidad sólo una pequeña cantidad respecto a la ganancia general, astronómica esta sí, percibida por los propietarios de los medios de producción del deseo (es decir de páginas de internet y de burdeles reales). La cifra no refleja ninguna dignidad sino el éxito con que la mercancía “porno” se distribuye a sí misma entre los clientes: no es el resultado de un reconocimiento cualitativo (el presunto valor artístico de la representación) sino signo concreto de la cantidad de compradores.

² En tanto actividad enajenada, la imagen-mercancía se independiza tanto de quienes la producen como de quienes la consumen, gobernando de manera despótica sobre unos y otros: sobre el actor mediante la explotación de su imagen y la monetarización de su carne, sobre el productor en tanto explotador sometido a la ley de la competencia, sobre el consumidor como receptáculo pasivo o falsamente activo (cuando reproduce lo que ve) de la imagen-mercancía. Así, la pornografía lleva hasta el paroxismo la separación que reina en el seno de la sociedad mercantil. Guy Debord, siguiendo la lección de Marx sobre el fetichismo, supo identificar tal separación como fundamento de la sociedad espectacular, y entregar así una ontología profunda de la dominación autoritaria del Espectáculo, en cuyo núcleo —ahora lo sabemos— crece y se desarrolla la pornografía: “La alienación del espectador a favor del objeto contemplado (que es el resultado de su propia actividad inconsciente) se expresa de este modo: cuanto más contempla, menos vive; cuanto más acepta reconocerse en la imágenes dominantes de la necesidad, menos comprende su propia existencia y su propio deseo. La exterioridad del espectáculo en relación con el hombre activo se hace manifiesta en el hecho de que sus propios gestos dejan de ser suyos, para convertirse en los gestos de otro que los representa para él. La razón de que el espectador no se encuentre en casa en ninguna parte es que el espectáculo está en todas partes” (Debord, 2009, p. 49).

9

Marx: “Si pregunto al economista, ¿obedezco a las leyes económicas si consigo dinero de la entrega, de la prostitución de mi cuerpo al placer ajeno? [...] el economista me contestará: no operas en contra de mis leyes” (Marx, 2010, pp. 157-158). Dado que el capitalismo no busca la satisfacción de necesidades humanas sino la deshumanización de las necesidades mediante un proceso de creación e imposición continua de nuevas necesidades, la necesidad del otro (creada e impuesta, imaginaria o abiertamente falsa, *autoritaria* en todo caso) es sólo una función en la estrategia general de multiplicación de la riqueza monetaria. La pornografía no es expresión sensible del deseo sino otra forma (una muy eficiente, por lo cierto) para la acumulación capitalista. El deseo no es más que un medio para el fin *dinero*.

10

Mientras la imagen de los cuerpos siga presa del valor mercantil no se podrá encontrar un lenguaje visual para el deseo. Tal lenguaje —en el cual tal vez aflore por primera vez la sensibilidad en plenitud— sólo será posible una vez se quiebre el sistema general de valorización del valor. Antes de eso, cualquier imagen del cuerpo no será otra cosa que una manifestación visual de la mercancía.

11

La crítica de la industria cultural pornográfica es al mismo tiempo una crítica de la concepción moralista del sexo, que ve en la pornografía una manifestación particularmente depravada de la naturaleza humana. Lo que tienen en común la pornografía y el moralismo es la banalización del deseo y del erotismo. Si la pornografía reduce deseo y erotismo a funciones económicas, el moralismo los aumenta hasta convertirlos en fuerzas oscuras que amenazan la espiritualidad humana. Erotismo, deseo y placer resultan ser para la pornografía vías de acceso directo al dios Dinero; para el moralismo, en cambio, son las voces del demonio Carne. La pornografía es una forma de desprecio hacia el cuerpo; el moralismo, de terror ante los cuerpos.

12

Una cierta defensa de la pornografía encuentra sus argumentos en una concepción de la libertad cercana al liberalismo mercantil. Según esta concepción (representada principalmente por actrices y directoras de la industria), un nuevo tipo de pornografía (en ocasiones autodefinida como feminista, incluso como post-pornografía) es una forma de empoderamiento de las subjetividades femeninas (o no masculinas), que balancea y al mismo tiempo socava el dominio del porno tradicional —caracterizado por su machismo, por la cosificación de la mujer, y, en suma, por el simplismo orgánico y afectivo. Hacer porno de otra manera —imaginativa, más cercana al deseo femenino (a lo que se supone que es el deseo femenino), anti-patriarcal—, sería una forma de lucha política por la igualdad entre los géneros, afirma esta defensa. Sin embargo, lo que no se ve allí, lo que no logran percibir, es que esta defensa de nuevos espacios, esta lucha por el reconocimiento de lo que denominan el deseo femenino, se da dentro de la lógica general de la pornografía en tanto mercantilización del deseo, no fuera de ella ni en su contra. La defensa liberal del porno (en realidad neoliberal), como órgano de emancipación, es una manera de afirmar la lógica mercantil de la industria cultural en la cual está inscrita la pornografía.

13

Abolida toda prohibición, el límite del deseo, y de su satisfacción, no es otro que la cantidad de dinero disponible. El consumidor de pornografía (tanto como el de prostitución —cuyo imaginario sirvió históricamente de inspiración a la pornografía y que con el tiempo se ha convertido en pornografía andante— y de striptease —forma suave de la pornografía y forma indirecta de la prostitución—), el cliente, vive sus deseos hasta donde se lo permite su bolsillo. La omnipotencia del dinero es la potencia del deseo, así como la impotencia del deseo es la imposibilidad dineraria de asegurarse las condiciones de su satisfacción (conexión estable y rápida a internet, acceso a fármacos estimulantes, poder adquisitivo prostibulario). Marx: “Las cualidades del dinero son mis —de su poseedor— cualidades y fuerzas esenciales. Lo que *soy* y lo que puedo no están determinados en modo alguno por mi individualidad. *Soy feo*, pero puedo comprarme la mujer *más bella*. Luego no *soy feo*, pues el efecto de la fealdad, su fuerza ahuyentadora, es aniquilada por el dinero” (Marx, 2010, p. 175).

14

La subjetividad “monádica” impuesta por el neoliberalismo (flexibilidad laboral, deslocalización, emprendimiento individual, empresariado de sí mismo) es la contracara necesaria (causa y al mismo tiempo consecuencia) del consumo pornográfico: el individuo aislado es el pornógrafo perfecto. No se trata aquí de un juicio moralista sobre el onanista solitario (da igual si automarginado por convicción o marginado por necesidad), sino de la determinación de una condición estructural que define un cierto tipo de consumo y que a la vez se articula como consecuencia directa de esta forma de consumo (que es por eso también una forma de existencia). El individualismo de masas encuentra consuelo en el consumo (por definición solitario, masturbatorio) de pornografía (y por extensión de prostitución, de striptease). Dicho con el tono (anticuado, dice el liberal) del joven Marx: el trabajo enajenado engendra (y es consecuencia de) un consumo enajenado.

15

También como el consumidor de otras mercancías, el pornógrafo busca la mercancía perfecta. La mercancía que por fin satisfaga todos sus deseos. Esta búsqueda se lleva a cabo como una peregrinación incesante de una página a otra, de una categoría a otra, de un buscador a otro, de una imagen a otra. Naturalmente esta mercancía no existe, pues una de las premisas fundamentales del sistema es la creación de necesidades, antes que la satisfacción de ellas. Sólo así se puede mantener el espiral ascendente de la valorización del valor.

16

La historia genera sus propias imágenes especulares, y así como el nacimiento de nuevas formas de servidumbre y explotación se deben a la Revolución Francesa (la libertad del individuo para vender su fuerza de trabajo, o la igualdad de los individuos para competir en el mercado), así mismo la revolución sexual engendró nuevas formas de producción enajenada y de consumo enajenado. La mundialización del mercado de la pornografía es uno de estos resultados.

17

Que la pornografía es esencialmente la producción de la imagen-mercancía se muestra en la tolerancia que ha desarrollado la publicidad ante elementos claramente pornográficos. Es así como el cuerpo femenino, desnudo o erotizado, sugestivo en todo caso, es presentado como marco visual que funda y resalta la *comprabilidad* (el sex-appeal) del producto. La semi-pornografía de la publicidad es ya en sí un comentario sobre la calidad de la mercancía publicitada. Por primera vez en la historia económica de la humanidad, una mercancía (la imagen pornográfica) colabora de modo directo en la venta de otra mercancía.

18

La pregunta de si los participantes en la pornografía se introducen en la industria por placer (su libre deseo) o si están determinados por condiciones objetivas (pobreza, historias de abuso sexual) resulta irrelevante a la luz de la interrelación entre deseo subjetivo y estructura objetiva: el deseo del singular está socialmente formado. De otro lado, mientras la mercancía “dinero” sea el objeto privilegiado (porque se le puede intercambiar por cualquier otro objeto, y porque sin él sencillamente se está condenado a muerte), la decisión de si entrar o no en la industria cultural pornográfica (en tanto industria del acceso “fácil” al dinero) ya está tomada —incluso antes de que los individuos se la planteen. En vista de esto resulta sorprendente que no haya un mayor número de actrices y de actores. Tal vez sean los últimos restos de las prohibiciones morales y religiosas lo que impida una migración masiva de mano de obra (¿cuerpos de obra?) a la industria pornográfica.

19

A diferencia del resto del cine, la pornografía extrae plusvalía del sobretrabajo de la imagen de los cuerpos. La pornografía hace trabajar los cuerpos en tanto imágenes con el objetivo de crear ganancia. Mientras el cine en general hace trabajar a las imágenes cualquiera que éstas sean, la pornografía excluye toda imagen que no sea la de un cuerpo —incluso cuando es solamente fetichista: el fetiche es la forma concentrada del cuerpo. La pornografía lleva al extremo de la literalidad la visión de la economía política clásica, según la cual el trabajo humano (el cuerpo) es la fuente de todo valor.

20

La absoluta intercambiabilidad de los cuerpos es un presupuesto básico de la pornografía. En la imagen-mercancía no se trata de este o aquel cuerpo concreto, sino del funcionamiento del cuerpo en tanto conjunto de órganos. De un lado, el cuerpo se fragmenta en los órganos sobre los cuales la cámara se concentra. De otro lado, las partes del cuerpo actúan como elementos autónomos, desvinculados de la imagen del cuerpo y más bien asumen el carácter del todo. Así, los senos, las nalgas, las piernas, los pies, remplazan la imagen total del cuerpo y adquieren el valor de formas absolutas. Pero además de este intercambio de la parte por el todo, el cuerpo individual pierde su singularidad en tanto puede ser remplazado por cualquier otro cuerpo que pueda o quiera realizar la rutina establecida. Esta circunstancia está directamente relacionada con la búsqueda de la ganancia, pues en el momento en que un cuerpo se rebele (es decir: que una actriz o un actor, por las causas que sean, no puede o no quiere interpretar una escena), inmediatamente salta a ocupar su lugar cualquier otro cuerpo, al que se puede pagar menos y exigir más. En la pornografía la abstracción es la base de la representación.

21

Desde sus primeros trabajos filosóficos tanto Marx como Engels atacaron el denominado comunismo grosero. Una de las ideas de este comunismo era la “colectivización” de las mujeres. Para Marx esta idea (ya presente en la república platónica) implicaba, de un lado, la universalización de la prostitución, que corría paralela a la mercantilización de la mujer, y, de otra parte, la negación de la individualidad al querer implementar la no-privacidad de los lazos afectivos entre amantes. La pornografía realiza por otros medios la idea básica del comunismo grosero en tanto ofrece de manera universal (aunque condicionada por el dinero del cliente) a la mujer transformada en imagen-mercancía. Que el hombre aparezca también en la imagen-mercancía, o que nuevas formas de pornografía reivindicquen un tratamiento igualitario de los sexos ante la cámara, es algo que no pone en tela de juicio el principio básico de la mercantilización de la imagen corporal, mientras que de otro lado se trata de una estrategia que trabaja justamente en la dirección de una pretendida democratización del placer (“porno para todXs”). Según Marx, el comunismo grosero se caracteriza en este aspecto porque en él

la mujer se convierte en propiedad *comunal* y *común*. Puede decirse que esta idea de la *comunidad de mujeres* es el *secreto a voces* de este comunismo todavía totalmente grosero e irreflexivo. Así como la mujer sale del matrimonio para entrar en la prostitución general, así también el mundo todo de la riqueza, es decir, de la esencia objetiva del hombre, sale de la relación del matrimonio exclusivo con el propietario privado para entrar en la relación de la prostitución universal con la comunidad. Este comunismo, al negar por completo la *personalidad* del hombre, es justamente la expresión lógica de la propiedad privada, que es esta negación” (Marx, 2010, p. 136-137).

La idea de una colectivización de la mujer para el placer de la totalidad social (masculina, se entiende) es retomada luego en *El manifiesto comunista*, pero ahora como interpretación que hace la burguesía del término comunismo, la cual no puede ver en éste más que un sentido grotesco:

¡Pero es que ustedes, los comunistas, quieren establecer la comunidad de las mujeres!, nos grita a coro toda burguesía. Para el burgués, su mujer no es otra cosa que un instrumento de producción. Oye decir que los instrumentos de producción deben ser de utilización común, y, naturalmente, no puede por menos de pensar que las mujeres correrán la misma suerte de la socialización” (Marx & Engels, 2007, pp. 172-173).

Si el comunismo (sexual) grosero era rechazado por Marx y Engels debido a que al querer superar la explotación terminaba realizando su contrario bajo la universal mercantilización del sexo, la pornografía resulta ser entonces la versión espectacular, sofisticada y al mismo tiempo infinitamente más cruda, de dicho comunismo. O dicho de otro modo: la pornografía es una industria típicamente burguesa puesto que en ella la mujer no es otra cosa que un “instrumento de producción” —el hombre también es explotado, pero en este punto no se puede uno dejar confundir: esencialmente se trata de una industria masculina para la gestión del cuerpo femenino. Ironía de la historia: mediante el análisis del tratamiento que hace la pornografía de los cuerpos se revela cómo la mentalidad burguesa realiza los peores rasgos del comunismo vulgar (abolición de la propiedad privada *para la mayoría*, mercantilización de la *totalidad* de los productos, destrucción de la *individualidad*).

La gratificación orgásmica a la que apunta el consumo pornográfico se resuelve en la tranquilidad posterior del consumidor. En este estricto sentido la pornografía muestra poseer el carácter sedante que Marx ya había descubierto en la religión. Pero a diferencia de la vieja religión, que era el opio *del pueblo*, y en la cual persistía aún la nostalgia de una comunidad humana, la pornografía es el opio *del individuo*: es el sueño de uno solo. No se trata aquí solamente del efecto tranquilizante que ofrece la pornografía (al igual que la religión), sino sobre todo del posterior estado de *individualizada reconciliación* con el mundo. El orgasmo pornográfico es la puerta de entrada a la aceptación del mundo tal como es. Como el opio, la pornografía tranquiliza (por lo menos momentáneamente, de ahí que la adicción sea el desenlace lógico del consumo), y como el opio, la pornografía hace dócil: quien ha encontrado en el consumo de la imagen-mercancía una manera de estar bien-en-el-mundo-y-con-el-mundo, ése es ya un sujeto perdido para la revolución. La pornografía, como forma extrema de la mercancía-espectacular, es el sueño de una sociedad de individuos que no quieren despertar. Educado en la imagen y por la imagen, el pornógrafo intentará reproducir en su vida (sea su vida material, sea su vida imaginaria) el circuito de movimientos que la pornografía le ha presentado como llave maestra para el éxtasis, pero lo que encontrará será la profunda distancia entre el goce sin límites que sugiere la imagen y el sabor amargo y la profunda tristeza de los intercambios reales. Rechazado por la realidad, el pornógrafo tomará la vía de la imagen soñada para crear su utopía privada, hecha de jornadas extenuantes de navegación, de pañitos húmedos y de cremas humectantes. El pornógrafo es el ciudadano modelo de la sociedad espectacular, ligeramente irritado pero no tanto como para rebelarse, apenas lo necesario como para mantener encendido el impulso de consumir; dócil pero no paralizado, lo suficientemente tranquilo como para producir y para al mismo tiempo aceptar el dominio de la mercancía; aislado pero no radicalmente separado de la sociedad, encerrado en sí mismo de tal manera que todo aquello que padece sólo se le puede aparecer como directamente causado por su propia impotencia. Ni muerto ni vivo, ni despierto ni soñando, funcionando apenas como semi-consciencia nerviosa, el pornógrafo se nutre de su malestar. Y su malestar, como las demás formas de la vida enajenada, alimenta el poder de lo inhumano sobre el mundo.

Lo establecido aquí es válido tanto para las formas “convencionales” de la pornografía como para formas aún por venir, ahora inconcebibles y que sólo se realizarán con el desarrollo de los medios de producción y consumo de la imagen-mercancía. Y será válido para estos desarrollos hoy insospechados debido a que el carácter esencialmente mercantil de la pornografía no habrá cambiado, a pesar de que su forma y sus efectos puedan llegar a transformaciones increíbles. A despecho de los cambios que sufra la producción, distribución y consumo de la imagen, la pornografía seguirá siendo una industria cuyo objetivo es la valorización del valor, no la satisfacción de necesidades humanas. Con otras palabras: la pornografía es, y será siempre, un enorme cúmulo de mercancías.

Final monstruoso

En el fondo del jardín hay una puerta. La puerta es pequeña y estrecha. Por ella se entra a una especie de galería subterránea. La galería está mal iluminada y se adivina laberíntica y profunda. En el suelo, en las paredes, en el techo, a lo largo y ancho se acumulan imágenes. Las imágenes son reales, no imaginarias, y en ellas se ven niñas y niños. Lo que se ve allí es el horror. Detrás de la puerta hay un leyenda escueta: “Pornografía infantil”. El jardín, con toda su seudoelegancia, con su fingido radicalismo chic, con su falso carácter de entretenimiento, con su incansable alegato sobre el goce y el placer, todo él, sin excepción, no es más que la antesala de este infierno. Al final se intuye que cualquier análisis económico pierde sentido de cara a lo monstruoso que se esconde allí: la absoluta mercantilización equivale al horror absoluto. La pornografía no tiene escapatoria, pues quiéralo o no el régimen de la imagen mercancía desemboca en esta galería subterránea.

Referencias

- Aglietta, M. (1979). *Regulación y crisis del capitalismo: la experiencia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI Editores.
- Debord, G. (2009). *La sociedad del espectáculo*. Madrid: Pre-textos.
- Eskorbuto. (1985). *Eskizofrenia*. Madrid: Twins producciones.

Houellebecq, M. (2006). *Plataforma*. Barcelona: Editorial Anagrama.

Marx, K. (2010). *Manuscritos de economía y filosofía*. Madrid: Alianza Editorial.

Marx, K. & Engels, F. (2007). *Manifiesto Comunista*. México: Fondo de Cultura Económica.